

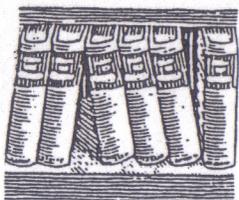
Papelería Comercial y Escolar

**LA DORITA**

Libros de Texto y Literarios

Tenemos  
la obra  
de

CARMEN  
GARBARINO



ECUADOR 487 Td. 88-9175  
(alt. Corrientes 3000)  
BUENOS AIRES

Narradora, poeta, ensayista y pintora,  
**CARMEN GARBARINO** nació en la ciudad  
chilena de Chillán y reside desde hace dos  
décadas en la Argentina. Su fina  
sensibilidad utiliza varias herramientas  
expresivas para satisfacer sus necesidades  
espirituales. En los relatos que publicamos  
se percibe una cuidadosa elaboración formal,  
su estilo que se nota en toda la obra y la  
obsesión —expresión admirativa— por la  
belleza. Estos factores rinden los mejores  
frutos a la autora y ofrecen seguro deleite a  
sus lectores.

Correspondencia con la autora:

Tucumán 1630 - 6° "A"  
1050 - Buenos Aires      Tel. 374-1073

Recientemente publicamos a los escritores:

EMILIO COMAS PARET      RUBINSTEIN MOREIRA  
TERESA CARMEN FREDA      AMANDA PATARCA M.  
MAESE GREGORIO      JORGE SARAFIAN  
CARMEN HEBE TANCO

Director de la colección :

CARLOS PENZA  
Corrientes 2963 - 2° cpo. - 1° "G"  
1193 - Buenos Aires - Argentina  
Tel. y Fax: 88-2552 (las 24 hs.)

Distribución mundial (pídalo)

20

todo es **Cuento**<sup>®</sup>  
y

Carmen  
Garbarino



coleccionable



Abril de 1994

C.G.

## EL ENIGMA DE LA ALEGRÍA

El ómnibus venía repleto. Decidí permanecer junto al poste indicador de la parada, con la esperanza que el siguiente me brindara mejores perspectivas de viaje. El segundo no tardó en aparecer. La proximidad con el primero no le dejó espacio para la recepción de suficientes pasajeros, lo que me permitió la posibilidad de sentarme en el cuarto asiento a la derecha. Desde allí me entretenía mirando las vidrieras de los negocios, el ascenso y descenso de los pasajeros, al conductor ocupado al volante, del corte de boletos y su posterior cobranza.

En una parada a mitad del recorrido, un sonido de campanitas advirtió a los viajeros sobre la presencia de una pareja de aspecto europeo. La joven tomó asiento dos filas más adelante, sobre el lateral izquierdo. Tenía entre las manos una cinta bordada al estilo de un tapiz con media docena de campanas en forma de cono achatado, prendidas a la tela. Su rostro irradiaba una felicidad indescriptible; era sin duda el paradigma de la alegría.

La persona que viajaba al lado mío distrajo mi atención cuando, con toda cortesía, me inquirió si estaríamos cerca de la calle José Hernández.

Observé la altura, luego le hice saber que aún faltaban varias paradas, pero que no se preocupara, pues allí también descendería yo.

Volví a contemplar la inefable alegría con que la joven palpaba las campanitas, la ternura con que las sostenía, cómo las movía para sentir las vivas. ¿Qué representarán para ella? - me pregunté.

Súbitamente se perfilaron nítidas en mi memoria, las nevadas montañas lindantes con el Tirol, las breves polleritas y medias tres cuartos multicolores; recordé los negocios de Liechtenstein donde se exhibían esas campanitas en diversos tamaños, prendidas a una cinta bordada con vivos colores, y pensé que seguramente ese símbolo de su lejana tierra provocaría en ella reminiscencias y emociones relacionadas con su origen.

Mientras daba libertad a mis fantasías, ella acariciaba las campanitas que sostenía como a un bebé en su regazo. Reía como una niña. Estaba exultante. Su rostro se mimetizaba con la alegría de las campanas, cuando sus manos provocaban el sonido de los bronce labrados.

¿Qué es la alegría? - pensé, y acudió a mi mente la imagen del canario que canta en cautiverio. ¿O tal vez será experimentar el éxtasis sublime que transmite la Oda de Schiller en las vibrantes notas de la Novena Sinfonía de Beethoven?

Seguía en esas abstracciones mientras observaba a la joven. La curiosidad me acicateaba y la tentación de interpellarla era grande. Sin embargo, el dominio que ejercía sobre mí la timidez, me hacía vacilar. ¿Entendería mi idioma? ¿Cómo interpretaría una intromisión en su felicidad?

Nos aproximábamos a la parada de José Hernández y luego de advertírselo a mi compañero de asiento, me incorporé para dirigirme a la puerta de descenso y en un impulso irresistible, al pasar frente a la joven, me detuve. Al verla me quedé turbado, cohibido, pues la mirada de sus ojos azules, perdida en la lejanía, delataba su situación de no vidente.

CARMEN GARBARINO

## ¡ALTO AL FUEGO!

La antología para la cual le pedían que escribiera un cuento tendría un tema en común, circunstancia que obviamente ponía a Eloísa frente a la imperiosa necesidad de incursionar en el enigma a veces prodigioso, otros fatal, del fuego. Mil imágenes ardían en la hoguera de su mente ante las gélidas páginas en blanco.

Fernando, el marido, pasaba en ese momento en dirección a la sala contigua para proseguir con la lectura de "El Desafío Mundial" en el que estaba interesado desde hacía unos días.

- ¿Me das fuego, querido? - le dijo Eloísa al verlo pasar -
- Mi amor, te daría toda mi pasión, pero, por favor, no fumes.
- Es el único vicio que tengo.
- Es un vicio que no deberías tener. Piensa que vas hacia tu propia destrucción.
- Está bien. No sé por cuánto tiempo me aguantaré, pero lo voy a intentar.

Fernando besó sus labios y abandonó el recinto satisfecho de los efectos logrados por la persuasión de sus palabras.

La lluvia caía torrencial a través de los cristales del ventanal del escritorio situado frente al jardín. Eloísa veía cómo el viento del Este azotaba las plantas e iba desprendiendo los pétalos de las flores que habrían hecho eclosión esa templada primavera, debido al fuego que es vida, pero que también suele ser exterminio.

Se percibía el descenso de la temperatura provocado por la tormenta y Eloísa, que había retrocedido en el tiempo hacia los comienzos de la cultura universal, experimentaba una sensación de placer con su mente inmersa en la fogata en cuyo alrededor las siluetas de los hombres primitivos, de piel bronceada y brillantes de sudor, con sus danzas tribales ejercitaban los ritos de ofrenda a los dioses, con todo el misterio que oculta ese elemento convertido en objeto de veneración.

En medio millón de años —pensó— se calcula la creación del fuego por el hombre y desde la flecha hasta el fusil o el cañón, se han ido perfeccionando las técnicas y la humanidad, que siempre ha adorado al fuego, ese fuego sagrado que Prometeo robó a Dios, ahora esa misma humanidad que padece los efectos de las guerras, con vehementes deseos de paz, debe pedir: ¡Alto al Fuego!

En ese punto Eloísa se interrogó: ¿Qué sucede que el hombre no puede detener sus impulsos bélicos? ¿Cuál es la naturaleza humana? ¿Seremos una composición de dioses y demonios en pugna permanente?

Mientras estaba concentrada en esas reflexiones, algo extraño atrajo su atención. Recorrió con la vista los estantes atiborrados de libros y se detuvo ante la imagen de cristal de la diosa Shiva, con sus múltiples brazos. Recordó que la había recibido de regalo para el casamiento, cuando su hermano Javier, investigador de arte oriental, regresó de su visita por la India. Eloísa nunca tuvo bien en claro si los poderes de esta misteriosa deidad eran maléficos, pero sí sabía que representaba la destrucción y la conservación. Para asombrarse suyo, en esos momentos parecía haber cobrado vida, pues emitía destellos incandescentes, pequeñas lenguas ígneas que subían y bajaban por el cristal, como un mágico juego de luces.

La sobresaltó un gran estruendo que estremeció la casa y una luminosidad caliente, invadió de súbito el recinto.

Los gritos de Eloísa resonaron en la estancia pidiendo alto al fuego. Se precipitó en dirección a la estatuilla, la asió con ímpetu y la arrojó contra el ventanal por cuya abertura huyó despavorida, desgarrándose las ropas. Un intenso resplandor se confundió con el rojo de su cuerpo ensangrentado.

La estatuilla cayó de pie sobre el césped; Eloísa sorprendida vio cómo movía los brazos con la velocidad de las aspas de un molino de viento que parecían prolongarse en el espacio, en el afán de sofocar las llamas y reconstruir los cristales del ventanal.

De pronto un poderoso rayo desprendió el farol que pendía de la columna donde Eloísa se había apoyado. Como una carambola en un juego de billar, el farol cayó sobre su cabeza y rebotó para golpear la estatuilla ante cuyo impacto se dividió en dos fragmentos simétricos desde uno de los cuales Eloísa miró al otro y se proyectó hacia la eternidad.

CARMEN GARBARINO